

Sobre historia de ayer y de hoy, . . .

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 125 – 29 de abril de 2016

En este número

1. Un poco de asueto, *Emilio Álvarez Frías*
2. Opinión de dos socialistas sobre José Antonio, *José M^a García de Tuñón Aza*
3. El Estado suicida, *Jesús Laínz*
4. Franquismo: La otra literatura (Olvidada), *Antonio Lucas*
5. ¡Sí a la Europa federal!, *Alain de Benoist*
6. Max Hastings contra la Ley de Memoria Histórica, *miqueridaespana*
7. Nace la Plataforma Respeto, *tribunadelpaísvasco*
8. A vueltas con el mismo tema, *Jesús Flores Thies*
9. La chusma

Un poco de asueto

Emilio Álvarez Frías

Aunque el horno no está para bollos, que dice el refrán, vamos a tomarnos el día de asueto. Además, meteorológicamente la mañana no nos ofrece las garantías primaverales que apunta el calendario, ya que vamos del sol a la lluvia, y viceversa, algo así como los tambaleos de los políticos en los días que nos han precedido. Para que me acompañe, mientras hojeo la prensa, tomo del basar un pequeño botijo de cerámica salmantina, curioso, de los que hoy llamaríamos de autor, decorado con relieves, que me trae un buen recuerdo.



Asistimos a la feria de las disculpas y el buenismo de cada cual. Todo son comentarios de lo que pudo ser y no fue. O sea, nada. Y recuerdan lo que uno dijo y el otro replicó. Y los líderes de los partidos elaboran resúmenes echando la culpa a los otros, a su falta de colaboración, a no haber querido renunciar a sus planteamientos, a no saber ajustarse democráticamente al chalaneo para llegar a una solución en cuanto al nombramiento de presidente del gobierno. ¡Cínicos todos! Ninguno dice que él estaba dispuesto a renunciar a probar el sillón del presidente. Y, claro, de esa forma, no hay modo de llegar a pactos, además de que

difícilmente se pueden hermanar los deseos de unos y otros si son radicalmente distintos y, aunque aseguren que los suavizarían, eso no deja de ser una mentira gordísima ya que a la hora de la verdad saldrían a relucir las exigencias personales o de grupo. Como siempre.

La prueba está en lo que manifiesta el inefable Pedro Sánchez que, yo creo, habla demasiado; se podía contener un poco para dejar meter baza a los demás. Pues bien, en las últimas declaraciones realizadas, al preguntarle si pediría perdón a Rajoy por llamarle indecente, su respuesta fue que se equivocó en la forma pero no en el fondo. ¿Sabe el parlanchín Pedro cual es el fondo del significado de indecente? Según el diccionario de la RAE equivale a llamarle deshonesto, injusto, obrar indignamente, ser indecoroso, entre otros. O sea, que mejor no le pide

perdón ya que lo estropearía.

Por otro lado, tales epítetos sí se les puede adjudicar a los representantes de los restantes partidos –no sé si alguno se salvará– pues todos ellos son defensores de la tropa que milita en su pelotón, hayan prevaricado, estén imputados en algún chanchullo, se hayan saltado a la torera la legislación vigente, asalten capillas, defiendan a los terroristas etarras, tomen dinero de donde venga o puedan, se solidaricen con dictadores y quebradores de democracias, etc. ¿Hay alguno que se salve de algo de esto? Más bien no.

Además, en este juego de la política se agarran como lapas y no se comportan como personas honestas y honorables, y como son los que tienen la vara de mando en la mano, actúan rígida y dictatorialmente. En la empresa privada, a la que la mayoría de ellos quieren hacer desaparecer, si se produce un hecho parecido, incluso de menor trascendencia al que comentamos, sin lograr un acuerdo, los interesados serían relevados, como dice Carlos Segovia en *El Mundo*. Aquí, no. Aquí todos se autojustifican, ponen las culpas en los demás, y vuelven a las andadas de descalificar al otro porque el bueno es él.

¡Dios nos ayude!

Opinión de dos socialistas sobre José Antonio

José M^a García de Tuñón Aza

Julián Zugazagoitia, periodista y político bilbaíno, director de *El Socialista* de Madrid, diputado a Cortes, ministro de la Gobernación en el primer gabinete presidido por Juan Negrín y tras su cese secretario general del Ministerio de Defensa. Al finalizar la guerra se refugió en Francia, donde fue detenido por la Gestapo alemana y conducido a España para ser entregado a las autoridades franquistas. Juzgado en Madrid por un consejo de guerra en 1940 fue condenado a muerte y ejecutado. Este socialista que dejó escrito uno de los testimonios más valiosos sobre la Guerra Civil, cita varias veces a José Antonio Primo de Rivera y reproduce íntegro su *testamento*. Antes, escribe: «Es ahora cuando se puede medir la torpeza en que se incurrió al consentir el fusilamiento de José



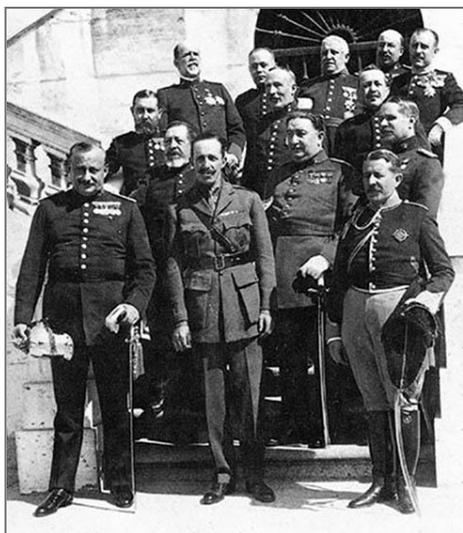
Antonio Primo de Rivera, cuya muerte no ha sido oficialmente publicada por sus camaradas. Es el *Ausente*, adjetivo que expresa una duda esperanzada. Esperanza condenada a rápida extinción. Primo de Rivera acabó sus días en noviembre de 1936. Su testamento, dice Zugazagoitia, es un documento sobrio y sereno, que no carece de sincera emoción. Aquella que le da el trance en que ha sido escrito. A continuación reproduce el *testamento*, y más adelante recoge la escena que relató su hermano Miguel Primo de Rivera.

«¿Por qué vais a querer que yo muera?». «Los milicianos le escuchaban en silencio. Las palabras del reo se les meten dentro y se miran unos a otros. Tratando de resolver una incertidumbre. ¿Se habrán equivocado los jueces? ¿Y si se han equivocado, pueden

ellos reparar un error negándose a cumplir lo que les está ordenado? El silencio persiste. Primo de Rivera, con la acuidad de la muerte, lee en la conciencia de los milicianos e insiste, calentando sus palabras, en una acción catequista que es toda su

esperanza de seguir viviendo. ¿Quién sabe, piensa, cómo lo ha dispuesto el Señor? Ya su vida está contada por minutos, pero con un solo segundo es suficiente para salvarla. ¿Cuántas resoluciones, humanas o crueles, caben en tan pequeña medida de tiempo? En principio fue el verbo... Busca en las palabras entrañables aquella que puede ir derecha, certera, como una saeta, al corazón de sus verdugos [...]. Todo está dicho. El reo no tiene qué esperar. La ley de obediencia se ha interpuesto entre el verbo del reo y el corazón de los verdugos. Uno y otros tienen que llegar hasta el fin. No son enemigos. Son personajes de un drama inmenso, protagonistas que lo sufren. Si la ley de obediencia no se impusiera, se reconciliarían fácilmente; pero se frustraría la tragedia».

Otro socialista, Juan-Simeón Vidarte que ingresa en las Juventudes Socialistas, más tarde, en el Partido Socialista, y en la francmasonería. Fue diputado a Cortes y secretario de las mismas. Fiscal del Tribunal de Cuentas y ayudante de la cátedra de Derecho Penal de la Universidad Central. Ejerció la abogacía y, en más de una ocasión, se encontró con «José Antonio como defensor. Y también, dice, nos veíamos en los casos contrarios, cuando yo actuaba de defensor y él de acusador privado». En el trato profesional les permitía cambiar impresiones, pero generalmente hablaban de política. Un día Vidarte



preguntó a José Antonio si la Falange se aliaría con los monárquicos para luchar por la restauración. Y ésta fue su respuesta: «Me contestó que él era republicano y sólo guardaba malos recuerdos de quien, injustamente, dejó caer o hizo caer a su padre, sin estimar sus servicios y sus muchos méritos, y después no permitió que el pueblo, sin duda muchos millares de ciudadanos, rindieran homenaje al cadáver, cuando le trajeron de París. Además, don Alfonso me hirió una vez tan profundamente, que nunca podré perdonarle. Fue el día en que Abd-el Krim se entregó al ejército francés. Yo estaba en su despacho cuando él recibió un telegrama con la noticia. Nos la comunicó a todos los allí presentes y luego, en son de burla, me dijo a mí: “Qué suerte tiene el cochino de tu padre”. Y es por esto, aunque las chulerías fuesen en él habituales, por lo que

no puedo perdonarle».

Y Vidarte sigue escribiendo: «Creo sinceramente que José Antonio no tenía respeto ni consideración alguna por el monarca destronado. Recuerdo que en una intervención parlamentaria, en los primeros días de agosto (*sic*), después de elogiar las obras realizadas durante los años de dictadura, elogios que no nos pudieron extrañar en un hijo tan devoto de la memoria de su padre, y echar la culpa del fracaso de éste a los intelectuales que lejos de ayudarlo le volvieron la espalda, pronunció las palabras siguientes». Aquí Vidarte recoge, entre otras, las pronunciadas por José Antonio en el Parlamento el 6 de junio de 1934 y que decían: «El día en que el Partido Socialista asumiera un destino nacional, como el día en que la República que quiere ser nacional, recogiera el contenido socialista, ese día no tendríamos que salir de nuestras casas y levantar el brazo ni a exponernos a que nos apedreen y, lo que es más grave, a que nos entiendan mal; el día en que eso sucediera, el día en que España recobrarla la misión de estas dos cosas juntas, podéis creer que la mayoría de nosotros nos reintegraríamos pacíficamente a nuestras vocaciones». Al parecer, esta apelación de José Antonio a los socialistas, según, Vidarte, sorprendieron mucho a las derechas.

Jesús Laínz

Un Estado que permite que sus propios organismos puedan operar desde dentro para destruirlo sin que él pueda oponerse a ello es un Estado condenado a la desaparición. La cosa es tan clara que hasta el entendimiento más simple lo comprendería, pero nuestros políticos, tanto de esa variedad hemipléjica que llaman *izquierda* como de la otra que llaman *derecha*, llevan sin comprenderlo cuatro décadas. Es más, así lo diseñaron: por muchos regates que se empeñen en dar los interesados en seguir engañándose, el famoso Título VIII de la Constitución no es más que un revólver apuntando a la sien de España. Y aun concediendo –lo que es mucho conceder– que no lo fuera estrictamente sobre el papel, o al menos en las cándidas intenciones de algunos –algunos, solamente algunos– padrastrós constituyentes, lo imperdonable es que no se admita que su desarrollo legislativo y político a lo largo de estas décadas ha materializado ese revólver e incluso las balas que ya han sido disparadas.

Olvidémonos de todos los casos de rebelión interna, sobre todo en la *pacífica* Cataluña, que han sucedido con escandalosa impunidad en los últimos años y, para no ponernos pesados, centrémonos en estos últimos días, simplemente como muestra.

En tierras vascas, Arnaldo Otegi acaba de declarar que, en caso de vencer en las próximas elecciones autonómicas, su objetivo será convertirse en «el lehendakari más peligroso para los intereses del Estado» y emprender «un proceso unilateral independentista similar al que se ha puesto en marcha en Cataluña». No se le puede acusar de tibieza o disimulo. Así hablan los hombres. Así hablan los líderes. Así hablan los gobernantes. En la trinchera contraria, suponiendo que esa trinchera exista, no hay ninguno.

En tierras levantinas, Acció Cultural del País Valencià organizará el 23 de abril un acto separatista. Hasta aquí, todo perfecto. Cada uno organiza los actos que quiera. En eso consiste la libertad de expresión. Pero lo interesante del asunto es que, según se ha publicado, esa asociación valenciana está subvencionada generosamente por la Generalidad catalana y su acto contará con el apoyo institucional de los Gobiernos de Cataluña y Baleares, la Diputación de Valencia, los Ayuntamientos de Valencia, Alicante y Castellón y las cinco universidades públicas de la Comunidad Valenciana. Rebelión general. Todas esas instituciones públicas apoyando un acto partidista dirigido a la voladura interna del Estado del que forman parte. Y, mientras tanto, el Gobierno de la nación, de copas con los dirigentes separatistas en el Ampurdán. Y los partidos de ámbito *nacional*, indiferentes. Y la Corona, silente. Y el Estado, inexistente.

Pero no todos los ataques a la legalidad, a la Constitución, a la Nación y al Estado tienen relación con el Título VIII ni con sus beneficiarios separatistas, ya que la burla perpetua a la legalidad, a la Constitución, a la Nación y al Estado puede adoptar muchas formas. Cada día más, vista la impunidad. El último ejemplo ha sido el carnaval tricolor del pasado día 14 de abril, 85º aniversario de la declaración de la Segunda República que fue aprovechado por multitud de gobernantes locales y autonómicos para utilizar las instituciones como centros de exaltación republicana. Ante las tímidas protestas que algunos han osado emitir, los responsables se han parapetado, con enorme hipocresía y desprecio a la legalidad, en la libertad de expresión. Una sola pregunta al respecto: ¿qué habría sucedido si algo semejante, pero de cariz ideológico



evidentemente opuesto, hubiese sucedido para conmemorar el 18 de julio? El fin del mundo. Y los encargados de ulular de democrática indignación, de rasgarse las vestiduras, de exigir dimisiones y prisiones, de acusar de golpismo y de augurar las siete plagas de Egipto habrían sido los mismos que ahora defienden la legitimidad de sus actos anticonstitucionales.

Todo esto en una semana. Y así, semana tras semana, mes tras mes y año tras año. Y ante este hundimiento general todos callan. Todos salvo algunos delincuentes del pensamiento que llevamos toda la vida avisándolo y denunciándolo ante la rechifla y la condena universales.

Tomado de *Libertad Digital*

Franquismo: La otra literatura (olvidada)

Antonio Lucas

Un día de 1979, Ernesto Giménez Caballero (catalizador de vanguardias en la revista *La Gaceta Literaria* y fallido D'Annunzio del fascismo español) arrojó esta frase con alma de tamborrada en una entrevista que publicó *El País*: «El fascismo es un liberalismo desesperado». A su modo acertó. Para eso había sido el primero en sintetizar la fórmula de ese movimiento en España como otros abreviaron en siglas la verdad del ácido lisérgico. Fascismo y falangismo (que no son exactamente lo mismo, pero andan muy cerca) se condensaron en algo que resultó ser un franquismo de obispo, picatoste, imperio y Escorial, cuplés de Celia Gámez, pistola siempre al cinto, brasero de picón y las tardes en Riscal. Alrededor orbitó un grupo de escritores (militantes unos, simpatizantes otros) que definieron un estilo, el ejercicio de una camaradería intelectual y de una definida imagen pública, convencidos de ser una almena literaria en la muralla de la nueva España.

Algunos dejaron huella en calles con su nombre, otros en estelas, alguno en estatua y otros

tantos en libros que merecen más lectura. Pero a la mayoría ni se les lee, ni se les recuerda demasiado y muy probablemente, al menos en Madrid, podrían perder las calles que les asestaron. «Me parece una iniciativa demencial», sostiene Andrés Trapie-llo, que hizo de su ensayo *Las armas y las letras* un volumen necesario para entender esta tradición de los escritores españoles del lado de la dictadura. «Que quiten las calles de los generales es lógico y tendría que haberse hecho antes. ¿Pero quiénes son los representantes del Ayuntamiento de Madrid para expedir certificados de buena conducta literaria? ¿Y por qué otros nombres serán sustituidas esas calles? Esto



De pie, Agustín Foxá, junto a Leopoldo Panero (derecha) en una entrevista con el corresponsal de Associated Press en Colombia en los años 50. EFE

me recuerda a una viñeta de *El Roto*, que decía: “Cambian los nombres de las calles, pero los baches siguen ahí”».

En la antesala de la Guerra Civil, con José Antonio Primo de Rivera de jefe indiscutido y primer estandarte, un grupo de escritores hizo camino al andar clamando y explicando las cosas del fascismo, sus falsas bondades, su meta infinita. Algunos fueron notables escritores. Algunos se quitaron poco a poco del veneno, según avanzó el tiempo de Franco. Y los menos renegaron. El libro que quizá mejor sintetizó el «pensamiento fascista» que caló en el ánimo de cierta juventud de los años 30 fue *Vida de Sócrates*, de Antonio Tovar (presente en el encuentro entre Franco y Hitler en Hendaya y traductor entre Serrano Súñer y Mussolini en Italia).

Pronto se hicieron un himno. El *Cara al sol* salió de la iluminación de algunos de estos escritores. La noche del 3 de diciembre de 1935 salieron las estrofas. Fue en la cueva del restaurante vasco Or-Kom-Pom. Primo de Rivera presidió aquel momento (las tertulias solían hacerse también en el bar La Ballena Alegre) y participaron en la aventura José María Alfaro, Foxá, Ridruejo, Sánchez Mazas y Miquelarena. La música fue cosa de Juan Tellería. Falange tenía ya letra, canto y su escuadra oficial de poetas. Pero había más.

¿Quiénes eran? Rafael Sánchez Mazas (el precursor del «¡Arriba España!»), Dionisio Ridruejo, Álvaro Cunqueiro, Agustín de Foxá, Ernesto Giménez Caballero, Rafael García Serrano, Eugenio d'Ors, Gonzalo Torrente Ballester, Leopoldo Panero, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Eugenio Montes, José María Pemán (el escritor más popular de aquel momento)... Y también algunos satélites más o menos convencidos: Julio Camba, Josep Pla, Camilo José Cela... Autores muy dispares, pero en esos años de la Guerra Civil y los primeros años de dictadura, con un sentir común. Unos con más rabia que claridad. Otros con más inercia que emoción.

«No podemos hablar de escuela literaria porque el fascismo es una experiencia vital y la literatura de todos ellos (de un modo u otro) fue el reflejo de esa misma experiencia», sostiene José-Carlos Mainer, catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza e historiador de la literatura, autor de un libro imprescindible para comprender lo que fue y lo que significó aquel momento de las letras, *Falange y literatura*, que tuvo una valiente primera edición en 1971.

Hubo convencidos furibundos, leales de baja intensidad, cercanos sin compromiso, aprovechados de la estela del franquismo y renegados. Todos hicieron sus loas y aspavientos. Sus genuflexiones vergonzantes. Sus villancicos de saldo. Pero también sus buenas páginas duraderas. «El valor, la irreflexión y la violencia son gérmenes de lo grande», así se expresaba Luys Santa Marina. Algunos levantaron unas obras firmes, sin tanta especia propagandística, más conscientes de lo que es literatura en cualquier caso. «García Serrano no escapó nunca del franquismo; Montes sesteó tranquilamente instalado; Sánchez Mazas ni olvidó ni perdonó (y



Cunqueiro (izquierda) con Del Riego y Carvalho Calero

actuó hasta el final como ideólogo); igual que Giménez Caballero siguió haciendo cabriolas pero siempre dentro del Régimen; y a Luis Rosales le fue costando cada vez más mirarse en el espejo, porque Vivanco se había ido en silencio y discretamente; y Torrente necesitó mucho, mucho tiempo para ir saliendo», apunta el profesor Jordi Gracia, autor de *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*.

Estos escritores ya tenían sitio y fe en lo suyo cuando los nacionales asesinaron en Granada a Federico García Lorca (1936), cuando los falangistas quisieron disparar contra Miguel de Unamuno en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca («venceréis, pero no convenceréis», 1936) o cuando Antonio Machado murió en Colliure (Francia) empujado al exilio (1939). Entonces no dudaron. Ellos sólo respondían a su cruzada de gloria. «Pero no es lo mismo hablar desde la perspectiva de 1939 que desde la de 1950», ataja Andrés Trapiello. «Los escritores de Falange son una minoría en relación con los que optaron por quedarse en España tras la Guerra Civil. Muchos fueron (antes o después) parte de una tercera vía. No eran ni fascistas ni republicanos. Pienso en Ortega y Gasset, Azorín, Baroja, Pérez de Ayala, Pla o Gazieli. Es un error afirmar que la mejor parte de la intelectualidad estaba del lado de la República».

Algunos títulos de los escritores vinculados al fascismo o a Falange trascienden el fanatismo ideológico por vía de una buena prosa, lejos de esos otros textos suyos que hacen que caiga el alma de vergüenza. Entre lo más destacado, en narrativa y poesía, cuentan *Yo, inspector de alcantarillas* (Giménez Caballero), *Madrid, de Corte a checa* (Agustín de Foxá), *Rosa Krüger*

(Sánchez Mazas) *La fiel infantería* y *Plaza del Castillo* (García Serrano), *La casa encendida* (Luis Rosales), *Escrito a cada instante* (Leopoldo Panero), *Javier Mariño* (Torrente Ballester, la más fascista de las novelas de los años 40), entre otros.

Algunas de sus aportaciones las resume Jordi Gracia: «Primero el cemento de una clase literaria triunfal y después la adivinación tibia, indirecta y hasta tímida de su arrepentimiento y la lenta conquista de su propia madurez, a excepción de precoces como Cela o Foxá, o de un Giménez Caballero (que deja de ser escritor de interés en 1939). La pluralidad de cosas y casos de la literatura fascista española está por contar con distancia, esponjamiento y buena voluntad, pero lo mejor estuvo fuera de las coordenadas políticas o sin tocar esa tecla, como el articulismo de González-Ruano o novelas de acidez controlada como *La colmena*».

En los años 50 algunos autores excitados fueron relajándose. Y hasta tomando distancia con más o menos brío. Cela fue blanqueando su senda dudosa desde la revista *Papeles de Son Armadans* y Dionisio Ridruejo emprendió un camino de desafecto a la dictadura que se convertiría en el más solvente, interesante y riguroso de los disidentes del falangismo de primera hora. «Luego estaban los heterodoxos como Foxá», apunta Mainer. «Y otras gentes que, como Pla, no fue fascista aunque colaboró con ellos y a partir de un momento fue haciendo su obra distanciada del franquismo».

El tiempo fue dispersando en España el fascismo, el falangismo y, por fin, la dictadura. A partir de 1978 la mayor parte de estos autores fueron aparcados en los desvanes de la memoria. No queda hoy mucho rastro del núcleo duro: «Pero Cunqueiro sigue siendo excepcional, como lo es Pla y lo es la prosa discursiva y sincopada, enloquecida y fascinante, de Dalí. A todos ellos se les puede leer sin pensar que fueron franquistas ni fascistas, como al Torrente maduro o las prosas más íntimas de un Vivanco o los ensayos de Ridruejo y la mayoría de los libros (buenos) de Cela», apunta Gracia.

¿Hubo alguna huella en la literatura de la Transición o posterior? «No, no parece que hubiera. Fue necesario establecer distancia. La literatura de la Transición tuvo como cimiento el antifranquismo y todo aquello que el fascismo en España había significado», ataja Mainer. Y Jordi Gracia asiente: «No fue injusto su olvido, sino completamente natural».

Decir que el tiempo todo lo cura es como decir que todo lo traiciona. El eco de los escritores que formaron el géiser principal de la literatura fascista y falangista en España no existe. Lo apuntó con determinación Andrés Trapiello: «Ganaron la guerra, pero perdieron los manuales de literatura». Y a partir de aquí, ya cada cual.

Tomado de *El Mundo*

¡Sí a la Europa federal!

Alain de Benoist

Las discusiones sobre Europa son el signo más evidente de la confusión del pensamiento actual. Una de las causas de esta confusión reside en la incapacidad de la mayoría de los protagonistas del debate para pensar en Europa en términos distintos a los de su legado político particular. Otra causa es la incapacidad de esos mismos actores para elevar el debate al nivel que le conviene, el de un cuestionamiento fundamental de las nociones de política, derecho, legitimidad, representación, autonomía y soberanía. Estos rasgos están particularmente marcados en Francia, lo cual no es sorprendente, porque la mentalidad de la clase política, de derecha y de izquierda, no ha cesado durante siglos de estar estructurada para un paradigma, bodiniano en primer lugar, jacobino después, de la unidad (en detrimento de la unión) y de la soberanía indivisible (en detrimento de la distribución de la soberanía).

Las reticencias frente a Europa se alimentan, en principio, de los innegables defectos de la construcción europea. Llama la atención en este aspecto la discrepancia total existente entre una Unión Europea particularmente avanzada en el plano comercial y financiero y prácticamente inexistente en los dominios militar, político y social. Europa no dispone, en la actualidad, de ningún poder ejecutivo digno de ese nombre. Europa es creadora de obligaciones a través del derecho comunitario, pero parece incapaz de proporcionar su justificación. El discurso sobre la subsidiariedad se contradice con el establecimiento de una burocracia que se pretende omnicompetente. Sin una instancia constituyente, agravado por el opaco método opaco de las conferencias intergubernamentales, Europa se convierte en un productor borroso y difuso. No comprendiendo más que una maraña de competencias, jurisdicciones y poderes, los políticos sólo están inquietos y preocupados por la «pérdida de soberanía» que no se ve compensada por la emergencia de una soberanía europea, amenazada en su vida cotidiana por un doble déficit democrático y social, aumentando la sensación de que Europa se reduce a los banqueros de Frankfurt, a los tecnócratas de Bruselas y a los jueces de La Haya, de tal forma que los ciudadanos tienden a mirar a Europa como un problema más que como una solución.

La Unión Europea, por tanto, no cumple el papel que esperábamos; con todo derecho, de ella. Pero ¿qué pasa con Francia? William Abitbol y Paul-Marie Coûteaux escriben que «Europa no es más que un instrumento de la globalización y no el muro que una vez pretendió oponerse a la misma». Aunque reconocen, al mismo tiempo, que «nuestro país no tiene ni la más mínima política, ni pone los medios para tener una» («Soberanismo, escribo en tu nombre», *Le Monde*, 30 de septiembre 1999). La verdad es que todos los males atribuidos a las instituciones europeas se encuentran también a nivel nacional. No hay menos de «déficit democrático» en Francia que en Europa; la tecnocracia de París es equiparable a la tecnocracia de Bruselas: no encuentran ninguna razón por la cual los fabricantes de queso pueden estar indignados (con razón), que su producción la reglamente Bruselas cuando lo normal sería que la regulase París. En cuanto a la diversidad de los países europeos, que a veces se alega para encontrar argumentos en contra de la construcción europea, no es menor que la de las regiones francesas:



querer reunir a Alemania con Grecia no es más extraordinario que reunir las regiones francesas de la Corrèze y la de Ile-de-France. Por lo tanto, la única pregunta es ¿a qué nivel puede ejercerse mejor la soberanía? La respuesta no se pone en duda. Una Europa imperfecta es mejor que una Europa inexistente.

Más que echarle la culpa a la construcción europea, lo que debemos hacer es buscar una legitimidad que no se fundamente exclusivamente en términos de productividad («*output*»), es decir, en términos de eficiencia de resultados mensurables y predeterminados por un marco regulador de integración en el mercado. La dinámica de integración se orienta fundamentalmente hacia una sociedad de mercado transnacional y socialmente desregulado, donde el valor se reduce a la estabilidad monetaria y a la competitividad empresarial. «Las condiciones previas para la formación de un consentimiento negociado no se cumplen, constataba Thomas O. Hueglin, porque cada jugador trata de maximizar su propio interés en este juego de niveles múltiples, en lugar de alcanzar un compromiso de solidaridad mutua» («El federalismo de Altusio en un mundo postwestfaliano», en *La Europa en la formación*, 1999). Ahora, lo que debe buscarse, por el contrario, es una legitimidad en términos de contribución («*input*») a la construcción europea con el objetivo de permitir que todas las partes asociadas negocien libremente cualquier problema que les afecte, aceptando las consecuencias derivadas de esta libertad.

La «Europa de los Estados», la «Europa de las patrias» o la «Europa de las naciones», fórmulas cómodas para enmascarar un rechazo fundamental de Europa, no permiten lograr este objetivo. Lo mismo puede decirse de una «nación europea» que trasladase al ámbito supranacional todos

los defectos propios de la lógica unitaria del Estado-nación jacobino, así como un federalismo «desde arriba», demasiado a menudo una coartada del hegemonismo. Sólo el federalismo «desde abajo», denominado también como federalismo integral o societal (cf. Lutz Roemheld, *Federalismo integral*, Vögel, Múnich, 1978; Thomas O. Hueglin, *Federalismo societal*, Walter de Gruyter, Berlín, 1991), fundado sobre una aplicación rigurosa del principio de subsidiariedad, puede permitir la construcción europea en los niveles comunitario, local y regional, evitando, al mismo tiempo, la situación de impotencia y nivelación.

El predominio del modelo de Estado-nación ha olvidado que una nación puede componerse de una pluralidad de Estados y un Estado de una pluralidad de naciones. Debemos deshacernos de esta visión estatista y absolutista que durante mucho tiempo ha prohibido pensar el ejercicio de la democracia en un contexto distinto al del Estado-nación, cuando éste, en la mayoría de los casos, ha llevado a la uniformización, la relegación a lo privado de los vínculos sustanciales miembros de diferentes comunidades, la supresión de los enraizamientos concretos y de las pertenencias particulares, la centralización y la concentración de los poderes en manos de una «nueva clase» de gestores y técnicos. Como ya había señalado Nicolás Berdiaev, el Estado sólo

tiene sentido en la medida que crea las condiciones para vivir juntos, la participación en la vida pública de todos los miembros del cuerpo político, y en tanto sea el «garante del orden de las autonomías» (*De la esclavitud y de la libertad del hombre*, Desclée de Brouwer, 1990). Se trata de encontrar los pasos intermedios suprimidos por siglos de jacobinismo, y de hacer resurgir una vía local fundada sobre los valores compartidos, ahora amenazada por el surgimiento de la racionalidad anónima, de los valores mercantiles y de la globalización.



ahora amenazada por el surgimiento de la racionalidad anónima, de los valores mercantiles y de la globalización.

En consecuencia, nosotros no estamos ni en el lado de los «soberanistas» o «nacional-republicanos», ni en el lado de los «liberal-libertarios», que no se oponen entre ellos. Creemos que Europa debe avanzar hacia el federalismo «desde abajo». Esto significa que los pequeños Estados europeos deben federarse entre ellos y que los grandes Estados europeos deben federalizarse en el interior de sus fronteras. Necesitamos tanto una Europa federal soberana, a la vez «una e indivisible», como unos Estados europeos federalizados que dejen de ser «repúblicas unas e indivisibles» para convertirse en una república federal de los pueblos de Europa.

En un planeta mundializado, el futuro pertenece a los grandes conjuntos de civilización, capaces de organizarse en espacios autocentrados y de dotarse de la suficiente fuerza para resistir la influencia de los otros. Así, frente a los Estados Unidos y a las nuevas civilizaciones emergentes, Europa está llamada a construirse sobre una base federal que reconozca la autonomía de todos sus componentes y organice la cooperación entre las regiones y las naciones que la constituyen.

La civilización europea se construirá sobre la suma –que no sobre la negación– de sus culturas históricas, permitiendo así a todos sus habitantes tomar plena conciencia de sus orígenes comunes. La clave de bóveda de esta Europa debe ser el principio de subsidiariedad: en todos los niveles, la autoridad inferior no delega su poder hacia la autoridad superior más que en los terrenos que escapan a su competencia.

Contra la tradición centralizadora, que confisca todos los poderes en un sólo nivel; contra la Europa burocrática y tecnocrática, que consagra los abandonos de soberanía sin remitirlos hacia un nivel superior; contra una Europa reducida a espacio unificado de libre cambio; contra la

«Europa de las naciones», simple suma de egoísmos nacionales que no nos previene contra un retorno de las guerras; contra una «nación europea», que no sería más que una proyección ampliada del Estado-nación jacobino, Europa (occidental, central y oriental) debe reorganizarse desde la base hasta la cima, y los Estados existentes han de ir federalizándose hacia adentro para así mejor federarse hacia afuera, en una pluralidad de estatutos particulares atemperada por un estatuto común. Cada nivel de asociación debe tener su función y su dignidad propias, no derivadas de la instancia superior, sino basadas en la voluntad y en el consentimiento de todos los que en él participan. Así, a la cúspide del edificio sólo han de llegar las decisiones relativas al conjunto de los pueblos y comunidades federados.

Tomado de *El Manifiesto*

Max Hastings contra la Ley de Memoria Histórica

miqueridaespana

El prestigioso historiador británico está en España promocionando su última obra, *La guerra secreta. Espías, códigos y guerrillas (1939-1945)*. Pedro Fernández Barbadillo ha aprovechado para entrevistarle para *Libertad Digital* y, entre otras cosas, le pregunta su opinión acerca de la sectaria Ley de Memoria Histórica zapateril (que el gobierno de Rajoy no ha modificado ni en una coma).

Pregunta el periodista: «En España se aprobó hace unos años una Ley de Memoria Histórica, en la misma línea que las leyes que en Francia y Alemania castigan la negación del holocausto judío y del armenio. Hace poco, una asociación de descendientes de víctimas de la guerra civil y la posguerra franquista pidió la prohibición de una conferencia del profesor Stanley Payne, porque iba a dar una explicación de los motivos por los que se produjo el alzamiento de 18 de julio que no le gustaba. ¿Nos encontramos ante un movimiento de censura?».

He aquí la respuesta del historiador inglés:

«Esto es una locura, un problema muy grave y que no afecta sólo a España. Si miramos lo que está ocurriendo en las universidades de Estados Unidos, encontramos que hay gente que está exigiendo que no deberían escuchar puntos de vista que les molestan. Lo que me aterra no es que los estudiantes sean más tontos que hace años, sino que las autoridades académicas y los profesores están dispuestos a cumplir estas exigencias. Yo soy crítico con las políticas de Israel pero la idea de excluir a los israelíes de los debates nacionales es terrible. Cuando alguien dice que no quiere escuchar una discusión sobre tal o cual opinión o punto de vista es desastroso».

Tiene toda la razón, Profesor Hastings, la ley de Memoria Histórica insta una verdad oficial que no se puede discutir, reabre heridas, no hace avanzar la investigación histórica y es propia de regímenes totalitarios.



Nace la Plataforma Respeto, la versión española del Frente Nacional de Marine Le Pen

Hace unos días nacía en el barrio marítimo de Comarruga, situado en El Vendrell tarraconense, la plataforma Respeto, fruto de un acuerdo entre los partidos Plataforma x Catalunya, España 2000 y Partido por la Libertad.

La nueva formación, que nace a semejanza del Frente Nacional de Francia que lidera Marine Le Pen, y que no descarta recibir próximamente el apoyo de la formación gala, hizo su presentación

pública apadrinado por la presidenta del movimiento alemán Pegida (iniciales de Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente), Tatjana Festerling.

Respeto, que sitúa «la identidad, la soberanía nacional y los derechos sociales», en la base de su programa estará liderado por Rafel Ripoll, presidente de España 2000. En su presentación ante sus seguidores, el nuevo proyecto político apostó por «un futuro para España sin corrupción, con justicia social, frenando la islamización, con soberanía económica y defendiendo la familia».

Tomado de atribunadelpaisvasco.com



Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

A vueltas con el mismo tema

Jesús Flores Thies

Coronel de Artillería-Retirado

Ya sabemos que políticos y medios de comunicación consiguen lo que quieren, aunque sea perverso, aburriendo al personal que, cansado de sus rollos, pasa de todo. Es quizá esta la razón de que algo tan indigno como la Ley de la Memoria Histórica siga, no sólo vigente, si no que ha alcanzado el mérito de ser la única Ley que el español, o sucedáneo, ha de obedecer de forma implacable.

El hecho de ser pergeñada por el mayor descerebrado que haya alcanzado nunca la Presidencia del Gobierno de España (otro misterio que habría que estudiar en un Congreso internacional), no ha impedido que otros, al parecer más cerebrados, la hayan aceptado y obedecido casi como propia.

Pero, como militar, nuestra queja y nuestra frustración está en la respuesta obediente y sumisa dada por el mando Militar que ha cooperado de forma, digamos indigna y carente de honor, a arrasar nuestro propio Patrimonio Histórico y Militar. Frase muy dura pero que nadie nos puede rechazar, si es que se atreve. Y si tuviéramos la paciencia de hacer una relación, una lista, de todo lo que se ha destruido, incluso «manu militar» por culpa de esa ley indigna y humillante para la clase militar, el resultado sería aterrador. Y no exageramos.



Repasemos una vez más la desaparición sin dignidad del Museo Militar de Montjuich, entregado a nuestros enemigos; o el vacío hecho en el Museo del Ejército de Madrid, trasladado a la sombra de esa Ley infame a Toledo, donde se exhibe mal y de forma parcial. Son muchas las Cruces y los Monumentos a los Caídos echados abajo sin chistar, y en primer tiempo de saludo, y los escudos, placas, monumentos derribados, ya irrecuperables incluso cuando el Ejército pudiera recuperar su dignidad.

La Ley pone trabas a los militares para que a nadie se le ocurra alabar el Alzamiento del 18 de Julio o festejar la Victoria del 1 de Abril. Hasta los libros de texto, militares, se han cambiado, y en las revistas oficiales esos temas son tabú. Se

quitan placas de héroes que dieron su vida por España sin que se agite el «Mando» que, ante eso que se llama obediencia debida, se somete a verdaderas vilezas. Hasta las Reales Ordenanzas de la «Chacona» consideran que el militar no tiene la obligación de obedecer órdenes injustas.

Nosotros, los veteranos, nos consideramos parte del Ejército, pero de aquel Ejército con honor y dignidad, heredero del que se alzó contra un criminal Frente Popular para dar a España un impulso espectacular que ninguna tertulia de la cobarde derecha menciona. Aquel Ejército tenía pocos medios pero le sobraba corazón, dignidad y espíritu.

La retirada (algunas antes de que saliera la miserable Ley) de estatuas, como la de Franco de la Academia General, y que nadie se atreve a reponer; o la acción más indigna de la retirada de la del comandante Franco de un Acuartelamiento de la Legión, jamás han sido explicadas. QUITAN el monumento a los «Héroes del Baleares» o destrozan otros en Santander, Sevilla o en cualquier otro rincón de una España irreconocible. Y no pasa nada. No quieren entrar en polémica.

Y se erigen monumentos a criminales rojos o a las estalinistas Brigadas Internacionales. Y ya lo hemos escrito otra vez: falta poco para que una orden obligue al «Mando» a cambiar la denominación actual de un Acuartelamiento por la de una unidad «republicana» (de los rojos), cuanto más criminal, mejor. Hemos visto desaparecer nombres gloriosos y heroicos de las placas de calles y plazas en el entorno del Alcázar de Toledo, edificio donde no hay nada que en el zaguán explique a los turistas lo que allí se defendió. Entre otras cosas, una dignidad que hoy se echa de menos.

Aquel Ejército que se alzó en armas contra un infame Frente Popular es hoy el malo en las informaciones de la televisión, no importa la cadena; si bien hay algunas, como la TV6, que riza el rizo de lo perverso y estúpido. Ya hemos aprendido por experiencia que cuando en la pantalla aparece un viejito o una viejita, es una víctima «franquista» que cuenta lo que le dice el productor, una mentira, mientras más burda, con más posibilidades de ser creída. Y no hay la menor reacción de la zona militar para salir al paso de tanta infamia. Hemos visto la excepcional y bien montada revista de la Academia General Militar donde se habla de todo..., menos de nuestra Historia reciente y de los problemas del Ejército ante la avalancha de basura que arrojan sobre él las infames leyes «zapateras».

Queremos que esto cambie, y el «Mando» ha de encontrar la forma de que esto ocurra. No podemos seguir viviendo con la basura de la Ley de la memoria Histórica como una pestilente basura sobre nuestras cabezas. Sencillamente queremos que el Ejército recupere la dignidad y sentido del honor que con esa Ley encima ha olvidado.

Sabemos que a muchos molestará, sobre todo a algunos compañeros en activo, pero les recomendamos que no entren en polémica con nosotros, saldrían perdiendo. Han pasado muchos años y todavía no he oído una razón o una excusa medianamente razonable para tener que aceptar sumisamente esta indigna situación, impensable en otra comunidad militar de nuestro entorno europeo o mundial.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

«Va quedando claro que este hombre es narcisista, prepotente y tonto» (Cotarelo, profesor de Pablo Iglesias)

El catedrático emérito de Ciencias Políticas, Ramón Cotarelo, ha cargado duramente contra su exalumno Pablo Iglesias en redes sociales. La soberbia mostrada por Iglesias contra los periodistas este jueves han motivado una nueva y acerada crítica de Cotarelo contra Iglesias.

Cotarelo, a diferencia de los dirigentes de Podemos, tiene una sólida información intelectual y es un estudioso del marxismo. Participó con el grupo que fundó el partido en las tertulias de *la Tuerka* o en *Fort Apache*. También fue profesor y director de tesis de Juan Carlos Monedero y de Íñigo Errejón. Sin embargo, a día de hoy, es muy crítico con los que fueron sus pupilos. De Iglesias dice que “además de narcisista y prepotente, «es tonto». Lo ha hecho en un comentario en Twitter.



La falta de respeto a las instituciones, un signo de la España hortera de Iglesias y Colau

Eulogio López

La falta de respeto a las instituciones, un signo de la España hortera de Iglesias y Colau.

El protocolo es la liturgia laica y si las instituciones civiles quieren durar tanto como la eclesiástica deberían tener esto muy en cuenta.

Una vez más, hemos visto a los «rebeldes» de la izquierda insultar a la monarquía, es decir, a todos los españoles, acudiendo en camisa a ver al Ciudadano Borbón, que no a Su Majestad el Rey.

Naturalmente, estos rompedores, tipo Pablo Iglesias o Colau, no hacen otra cosa que sustituir unos protocolos por otros, lo que ocurre es que sus liturgias no vienen avaladas ni por su origen ni por su historia, por lo que resultan bastante horteras.

O simplemente aplican las liturgias heredadas, más valiosas, donde no deben: o sea, ir de smoking a los Goya y en mangas de camisa con joroba al Palacio Real. Suponemos que para dejar claro que la cultura es más importante que la Monarquía. Lo cual fuera cierto si los Goya fueran cultura y no simple espectáculo, cuando no especta-culo.

La falta de respeto a las instituciones es un síntoma de España.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.